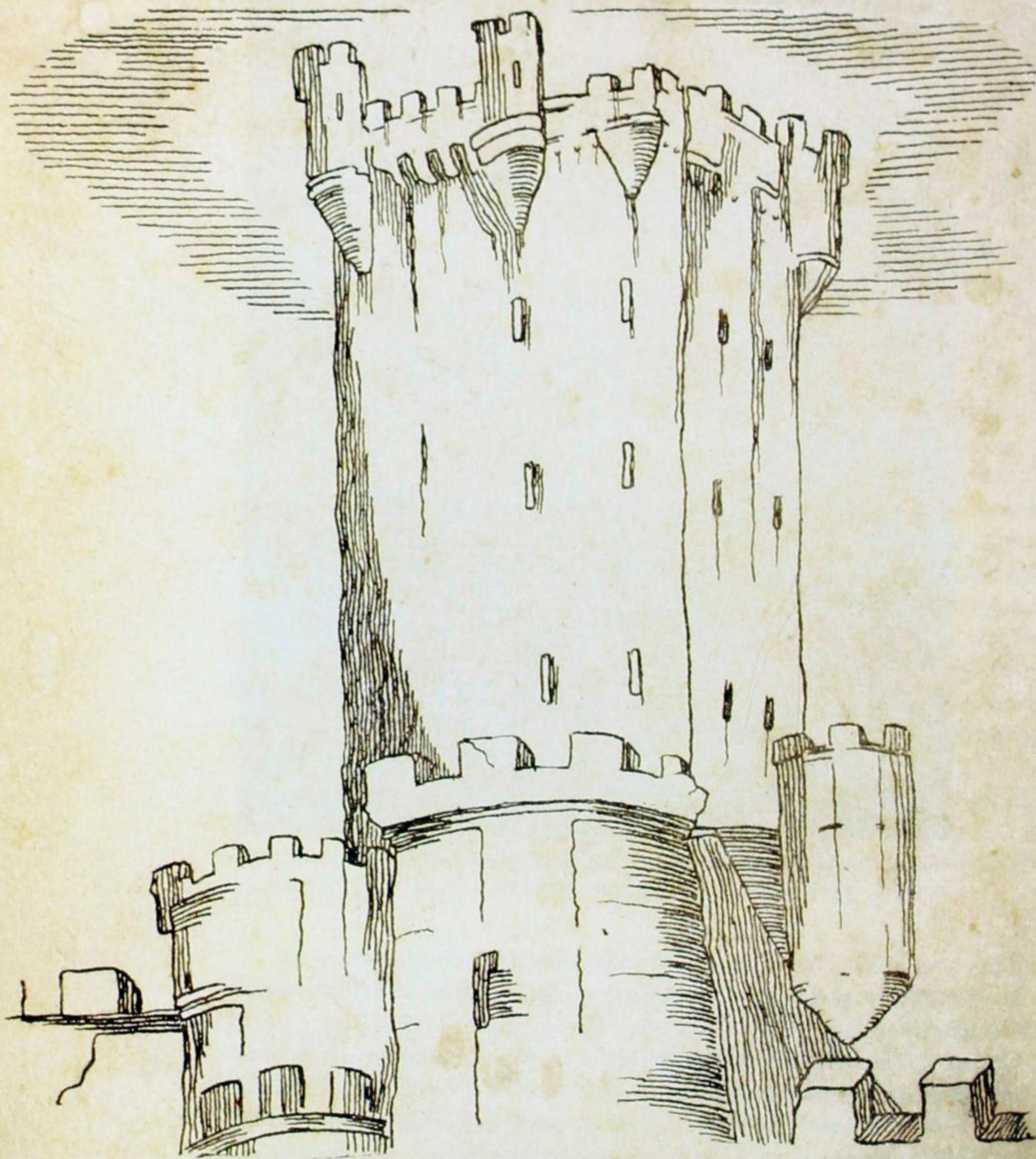


EDUARDO CABALLERO CALDERÓN



ANCHAES CASTILLA

ESPAÑA Y LA PLENITUD

ANCHA ES CASTILLA

CUANDO papá llegó a España, volvió a nacer. La recorrió toda con el vigor de sus cuarenta años en un peregrinaje literario, espiritual y genético, en busca de sus pasiones: el Quijote y Cervantes; Teresa de Ávila que lo deslumbra más por mística que por santa; y Santillana del Mar —el pueblo de donde salieron los Calderones. Se encontró además con los tablaos, los toros, Goya y Velásquez, Felipe II, los castillos, los mendigos, los santos, Sevilla, Quevedo, los moros, los bares, en fin, las cosas sobre las que escribió en *Ancha es Castilla* con toda la pasión y pleno conocimiento.

En España vivió feliz. Estuvo dos veces: primero de 1946 a 1948 como encargado de negocios, que así se le decía entonces al agregado cultural. La Real Academia de la Lengua lo recibió como miembro correspondiente. Pío Baroja, con un gorrito de terciopelo y una manta sobre las piernas, presidía las sesiones que duraban una hora que medía con un reloj de arena. Allá lo agarró el 9 de abril, a él que era tan gaitanista. Y concibió “su mejor obra”: yo... La segunda vez estuvo de 1954 a 1957 por su cuenta. Publicó libros, fundó la editorial Guadarrama, se hizo un puesto en medio de la intelectualidad española. Participaba en las tertulias de la Revista de Occidente, de Ortega y Gasset, el pensador, a quien tanto admiraba y donde conoció al torero Domingo Ortega, que aclaraba al presentarse:

—Yo soy Ortega. Él es Ortega y Gasset.

En la casa hay una foto suya en traje de luces dedicada; otra del humorista Fernández Florez, de sombrero, y varios libros suyos dedicados pero a mamá.

Vivíamos en el barrio Salamanca en Maldonado 31, tercero derecha. En el quinto piso vivía Amira de la Rosa, la poetisa barranquillera que era agregada cultural y se convirtió en hada madrina de papá: le presentaba escritores, lo introducía a los círculos intelectuales, lo llevaba a la fuerza al Instituto de Cultura Hispánica a dar conferencias. A papá le aterraba hablar en público. Por más que leyera, la timidez lo devoraba. Una vez le pasó que a la hora de empezar se dio cuenta de que había dejado las gafas en la casa. Se quedó sentado frente al público sin abrir la boca hasta cuando mamá volvió con ellas. Otra vez, en que sólo aparecieron cuatro gatos, propuso:

—¿Por qué más bien no se vienen a mi casa y yo les cuento la conferencia con un whisky...?

SU NOVIA SECRETA

Una de las figuras más apasionantes de la historia universal, y reparen ustedes que no digo más concretamente de la literatura, ha sido a mi juicio santa Teresa de Jesús a quien los escritores llaman la Santa Doctora [...] Es raro encontrar reunidas en una sola figura humana: el ímpetu poético, la elación mística, la actividad creadora, la mezcla tan extraña del humor y de la santidad, de la gracia del lenguaje y la altura del pensamiento, de lo místico y lo real, de lo divino y lo profundamente humano...

[Conferencia recopilada en Obras, tomo II, editorial Bedout]

Página anterior:

Portada de *Ancha es Castilla*.

Dibujo de ECC.



Santa Teresa.

Papá cargaba en la billetera una estampita y un papelito aplastado y marchito por los años que nos intrigaba mucho. Por fin un día nos dejó ver qué era. Lo desdobló y sacó una cinta roja de seda, de esa que hace aguas, que al extenderla, ¡tenía la altura de santa Teresa!

—Acúsome, padre, de que voy a conquistar el cielo...

—Querrás, que es otra cosa —dijo el fraile.

[De *La historia en cuentos*, “La niña de Ávila”]

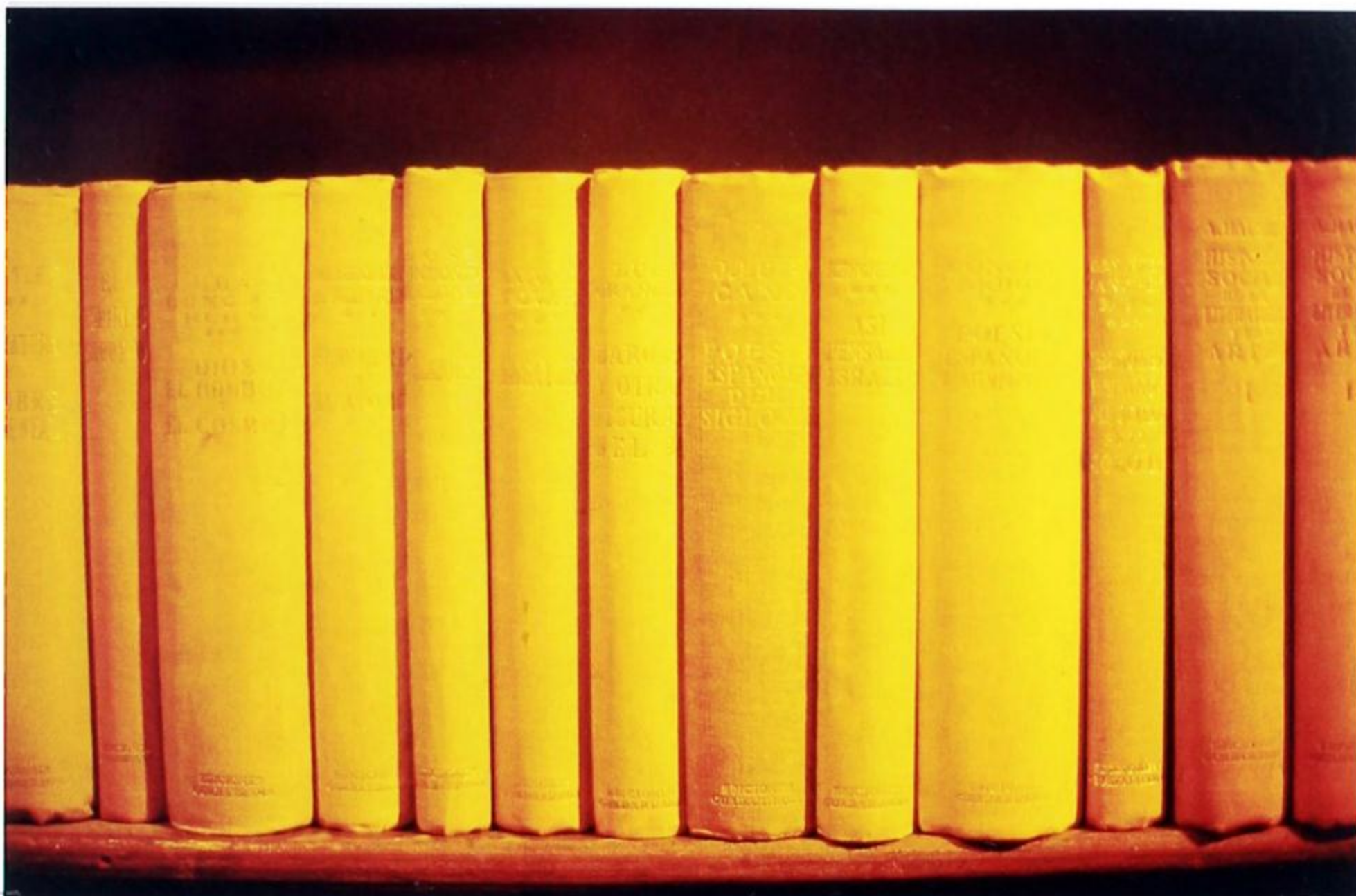
Papá comparaba la sequedad literaria con la sequedad espiritual. Los místicos ayunan para templar el espíritu. Sin desayunar, sin comer, sin amar, sin desfallecer, es posible comunicarse con Dios o alcanzar ese instante fugaz, que se pierde si no se aprisiona, en que se llega a comprender algo con toda claridad. En ese estado se puede forzar el pensamiento a ir más lejos, más hondo, hasta donde está esa luz que ilumina lo que era confuso y oscuro. Entonces el pensamiento se vuelve más fino, los ojos ven claro, el oído se aguza, y se alcanza a oír esa voz que todos tenemos dentro, ese palpito, que es la musa del poeta, la certeza del creyente, la intuición materna, el sentido común: es la lucidez.

LA EDITORIAL GUADARRAMA

Siervo sin tierra salió publicado primero en España por Ediciones del Alcázar y luego por Guadarrama. Ésta fue la editorial que fundó ECC en Madrid en 1954 con Manolo Sanmiguel. Gordo, sudoroso, con un vestido de color azul eléctrico, llegaba a la casa con las pruebas en la mano. O con los primeros ejemplares impresos.

—Están tiernos... —decía conmovido.

El era un experto, había trabajado en otras editoriales. Antes había sido fraile. Papá decía que lo que lo había hecho dejar el convento era “el mundo”, uno de los tres enemigos del hombre que enseña el catecismo: el demonio, el mundo y la carne. Y el mundo, para Sanmiguel, era simplemente una cerveza helada en el verano.



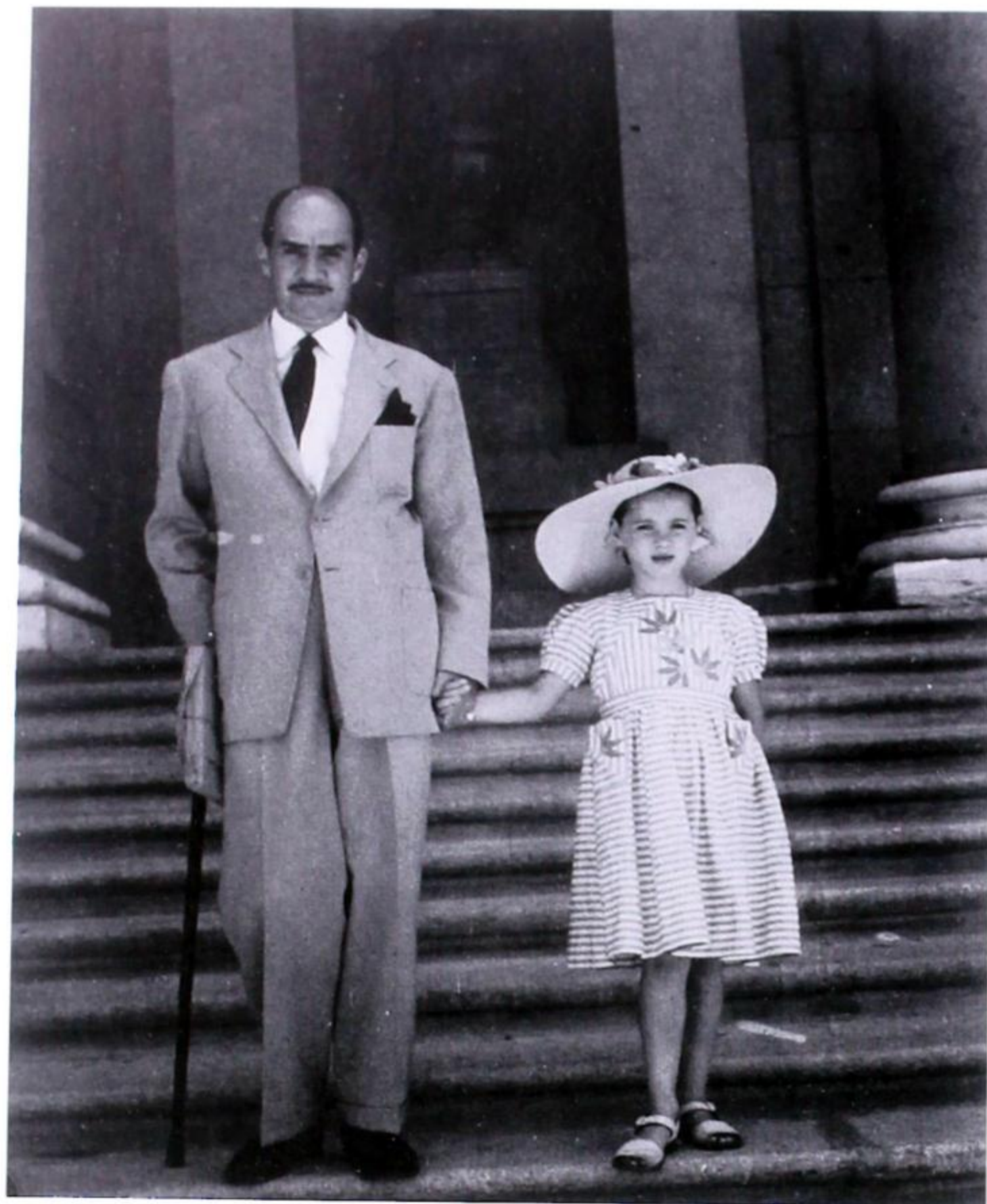
Ediciones Guadarrama, Madrid (España).

Los libros de Guadarrama tenían la letra grande, dibujos o fotografías; eran con pasta dura o encuadernados en cuero, y las hojas en cuadernillos cosidos con hilo —de 4 páginas, de 8, de 12, de 16— que yo le abría a papá con su cortapapeles toledano que sigo usando, y tiene grabado en la hoja, por un lado: “Toledo: fama de aceros y cuna de caballeros”, y por el otro: “Ni me presto ni me doy sólo de mi dueño soy”, cosa del Cid Campeador. Guadarrama editó, naturalmente, a papá, y a otros autores colombianos pues por más de que estuviera lejos no se desvinculaba del país: a Silva, a don Tomás Rueda, un bello libro sobre el Valle del Cauca, una antología de poesía francesa con traducciones de Andrés Holguín. Editó también autores españoles jóvenes que le hacían oposición a Franco. Sacó una colección de crítica y ensayo que incluye *La historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser, *El espíritu europeo* de Benda, textos de Jaspers, panoramas de la literatura contemporánea norteamericana, española, francesa e hispanoamericana.

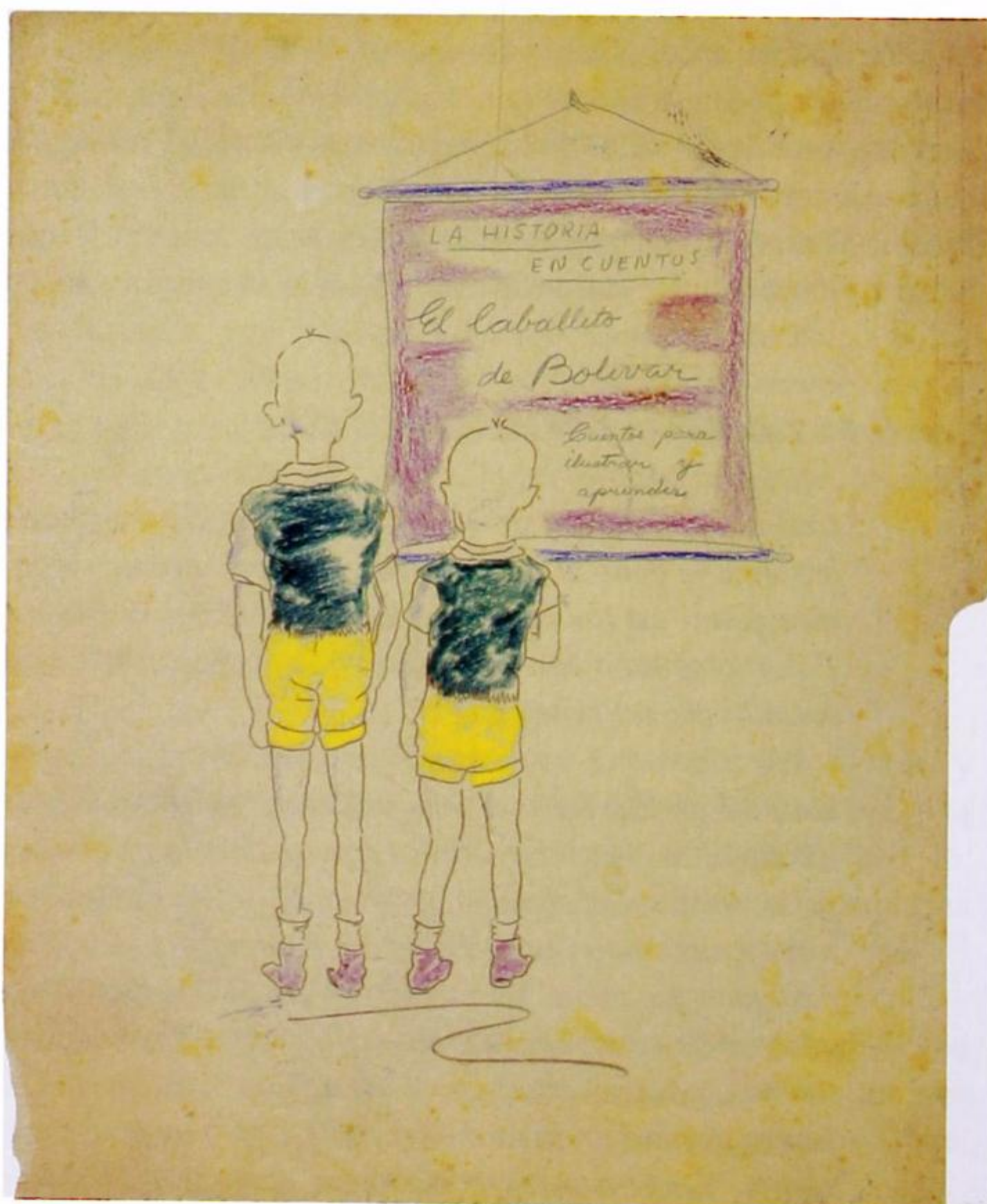
LA HISTORIA EN CUENTOS

Cuando el Palomo subió la cordillera y llegó a Quito, el aire delgado de la sierra le llenó el pecho. Era el mismo aire de su patria. Así eran sus montañas, así los valles que duermen al sol su siesta interminable [...] El Palomo soñaba con el jugoso valle de Belén de Cerinza donde pació cuando era un potro [...]

No pudo gozar mucho de aquella paz, ni de aquellas imágenes. Una madrugada el general Córdoba lo sacó de la pesebrera, lo ensilló a toda prisa, saltó sobre el galápago, le rayó los ijares con la espuela y ambos se hundieron como una flecha entre las sombras. La fusta del jinete le castigaba las ancas. De cuando en cuando le animaba con gritos para que acelerara su carrera. El viento frío de la sierra le despeinaba las crines. Una niebla espesa y lechosa envolvía al jinete y al caballo. De las anhelantes fauces del Palomo salían dos chorros de vapor que se fundían con la niebla. Y corría siempre, corría sin descanso. Al cabo de muchas horas



ECC con María del Carmen en las escaleras del edificio de Correos en Madrid, 1947.



Proyecto de carátula de ECC para *La historia en cuentos*. (Mis hermanos).



De izquierda a derecha: yo, la hermana de Carmen la muchacha, Carmen, Luis escondido detrás de ella, Tatá y Antonio adelante. Atrás, el carro con el trasteo para el verano. Nos llevó Manolote, el del garaje.

comenzó a dolerle la pata que se le había lastimado en los arenales de Huaura. El jinete, impaciente, le hundió las espuelas hasta rasgarle la piel y hacerle brotar sangre. El Palomo no podía más, le faltaba el resuello, sudaba a chorros, pero seguía corriendo. Llegó un momento en que le flaquearon las piernas y derregado, desjarretado, rodó por tierra... []

Y era en Colombia, en las vegas del Alto Cauca, en las mangas de la hacienda de Calibío, donde se quedó para siempre como un inválido de la Guerra Grande. Córdoba lo dejó allí y siguió esa misma noche para el interior, en dirección a Antioquia, donde armó una guerrilla contra Bolívar.

—Lo que yo no podría nunca perdonarle —decía Bolívar cuando supo la noticia de que Córdoba se había levantado en armas contra él—, lo que es inaudito, es que haya montado en el Palomo para desjarretarlo. El Palomo es mi caballo, y en su espinazo no podía encaramarse nadie. ¿Qué voy a hacer ahora, sin mi caballo?

[De *La historia en cuentos*, “El caballito de Bolívar”]

En Madrid papá nos daba clases de historia de Colombia en el escritorio, que tenía puertas de vidrios esmerilados. De ahí salió *La historia en cuentos*: cinco tomitos de cuentos deliciosos en los cuales narra la historia de Colón, Bolívar, Napoleón, los Incas, los conquistadores, Isabel la Católica, Teresa de Ávila, Cristo, a través de ellos niños o de algún niño que a su lado se vuelve héroe.

En *La historia en cuentos* se encuentran todas las figuras que ECC admiraba, que consideraba extraordinarias o superiores. También están plasmados su patriotismo, su cristianismo, su individualismo, su admiración por los conquistadores, su respeto por los príncipes indígenas, su desdén por los poderosos, su comprensión y simpatía por los humildes y su pasión por la libertad. Mamá nos mandaba con esos libritos de regalo a las fiestas y primeras comuniones, y nosotros sufríamos, pues no nos parecía que fueran un regalo de verdad. Pero es que en la casa todo era



La novia del Ratón Pérez.

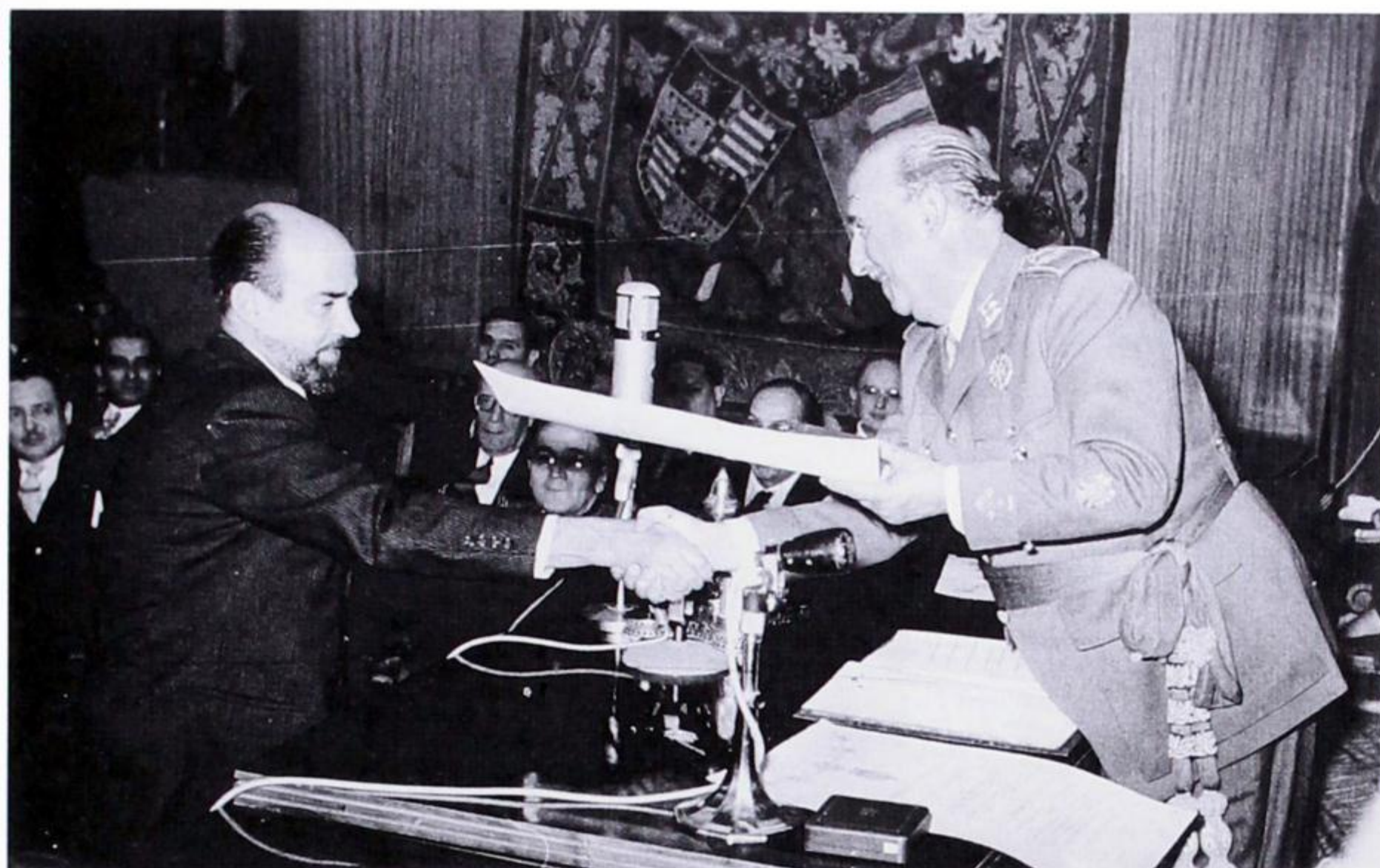
distinto: papá no iba a las sesiones solemnes ni se levantaba temprano para ir a la oficina, como todos los papás; mamá no tenía amigas ni sabía cocinar; en la casa no había nevera ni televisión. Y la estufa era de carbón. Nosotros hablábamos con c y z y en el colegio nos hacían decir zapato: a los españoles les daba risa oírlo decir con s y en Bogotá se burlaban de nuestra z.

...me he puesto a escribir cuentos para niños. No se trata de cuentos comunes y corrientes sino de relatos que tienen un fondo histórico, y al través de episodios más o menos fantásticos presentan el carácter y la personalidad de los héroes nativos y de los de otras naciones [...] Nada perdura tan tenazmente en la memoria de los hombres como el recuerdo de su infancia, y lo que en ella oyeron y aprendieron [...] La historia es una cantera inagotable, y suple la imaginación a quien le falta [...] Cuando los niños empiecen a estudiar seriamente la historia, la propia y la universal, tendrán en el subconsciente incrustadas las figuras y las hazañas de los héroes; y para ellos será la figura de Napoleón tan familiar como la de Caperucita Roja en el bosque; y el caballito de Bolívar desempeñará para ellos el mismo papel que hoy tiene para nosotros el caballito de los siete colores...

[Sobre “La Historia en cuentos”, en El Tiempo]

EL RATÓN PÉREZ

Cuando vivíamos en Madrid el Ratón Pérez era novio mío. Yo tenía seis años. Y tengo que aclarar que el día en que fui a cumplir los siete, papá me dijo que el



ECC, encargado de negocios, presenta credenciales en Madrid ante el general Francisco Franco.

generalísimo Franco había echado un decreto ordenando que yo no iba a cumplir años nunca más.

Había empezado a mudar dientes. Cada vez que se me caía uno, lo ponía debajo de la almohada y el Ratón Pérez me ponía unas pesetas. Yo no sé qué fue primero, si la vez que lo vi en la oscuridad, tan alto como la mesa de noche, ahí, a mi lado, o los regalos y cartas que me empezó a escribir aun cuando no se me hubiera caído ningún diente. Una vez me puso unos carbones debajo de la cama, por algo malo que había hecho (no sé qué sería, porque yo era tan boba que papá llegó a ofrecerme un premio si era capaz de ponerle un alfiler en el asiento a las monjas, o si sacaba un cero). Yo le escribía al Ratón Pérez en unas esquelitas azules, verdes y rosadas que tenía para escribirles a mi abuela y a las tías a Bogotá. Y no sé cómo ni cuándo resulté enamorada de él y cosiendo unos individuales para nuestra futura casa con un pedazo de la cretona de flores que me regaló Tatá, mi niñera, la niñera de mamá, con que tapaba su máquina de coser. Yo trataba de imaginarme cómo irían a salir nuestros hijitos, y cantaba llena de ilusión como Alejandra, la cocinera, que tenía un novio de la guardia civil, hasta el día en que me llegó una carta diciéndome que sentía mucho pero que no podía casarse conmigo pues estaba comprometido con la Cucarachita Martina. Yo lloré mis ojos y me dediqué a matar todas las cucarachas que aparecían en la cocina. Entonces mamá les ordenó a papá y a Amira que pararan el juego, porque iban a volver loca a la niña...

LA PENÚLTIMA HORA

...el tema que le propongo a usted se reduce a describir lo que pasaría a esos oscuros personajes que, con excepción suya, volamos en este avión, si por cualquier circunstancia infortunada éste se cayera de narices al mar...¿Qué restaría de estos personajes, digo yo, si los suponemos condenados a muerte a corto plazo y conscientes de que van a morir?...

[De La penúltima hora]



“Para el escritor no existe sino un solo tema, que es su tierra; una obligación, que es protegerla y exaltarla; y un placer, que es regodearse en su lengua”.

En un recorte de la revista Cromos, guardado por mamá como casi todos los comentarios que he sacado en este libro, en un recorte sin fecha, pero con una foto de papá de sombrero, con la barba oscura y la punta del pañuelo emparamado de agua de colonia Farina asomándole por el bolsillo del pecho, aparece la nota “¿Debe irse el escritor?”. Y dice: “¿Se verá influenciada adversamente la obra creadora de Caballero por su alejamiento del país? [...] Lo mejor sería que volviera a Colombia a fortalecer sus raíces, a sufrir, a morirse de rabia...” y con benevolencia, digo yo, termina calificando *La penúltima hora* de “débil”.

Otro comentarista dice que cuando un escritor tiene un éxito como el que ECC tuvo con *El Cristo de espaldas* sus lectores le exigen inmediatamente otro libro. Y *La penúltima hora* con que les respondió, papá fue el primero en repudiarla.

UNA HISTORIA CON ALAS

Nuestro segundo verano en España (de la segunda época, cuando yo ya existía) lo pasamos en Port de la Selva, un pueblito de pescadores en la Costa Brava, a unas cuatro horas de Barcelona.

En Port de la Selva, con José y María, una pareja de pescadores que nos arrendaron la casa, pisábamos uvas para hacer vino. Allí, mamá siempre contaba, una vez no llegó el cheque de El Tiempo a tiempo para pagar; pero José y María nos die-



Port de la Selva, Cataluña (España), 1956.

ron de comer durante un mes entero. Ellos confiaban, y sólo cuando volvimos a Madrid se les pudo mandar un giro. Fuera de una señora francesa, nosotros éramos los únicos extranjeros y los primeros turistas; empezaba a aparecer la palabra, y el espécimen. Éramos unas cuatro familias —catalanas las demás— con un total de unos veinte niños; yo era la menor de todos. En Port de la Selva papá me enseñó a nadar. Él nos enseñó a todos, en Tipacoque a mis hermanos y a una cantidad de primos y niños, amarrados de un lazo, o agarrados como a palo de náufrago de su bastón... En Port de la Selva, por las tardes salíamos, ¡los veinte niños!, en la barca de José el pescador por todas las *calas canielies petites*... O subíamos a una loma al castillo de Roda, un castillo en ruinas donde Luis pintó, o quiso pintar unos murales. Él me llevaba al Paz, una playa de piedras grises, redondas, el agua transparente, a donde no iba nadie; todos iban a la playa del frente, que era de arena. Nadábamos por debajo de agua y sacábamos unas conchas que son tornasoladas por dentro y se llaman “zapaticos del Niño Jesús”, y cogíamos corales con los que Luis le hizo un collar a Tatá. Por las noches íbamos al bar de Paquita, papá y mamá a tomarse un aperitivo, nosotros un “trinaranjus”, almendras y aceitunas rellenas de anchoas. Bailábamos sardanas en la calle cogidos todos de la mano: grandes y niños, señoras gordas, pescadores, formando unas ruedas grandísimas. A veces llegaban los cómicos de la legua a presentar su espectáculo que llevaban de pueblo en pueblo, pobrísimos, con varios niñitos, pero felices.

A Port de la Selva llegaron el coronel Boy y su señora Isabel Montaña, “Ishbel”. Para papá el coronel era un héroe y le insistía en que tenía que escribir un libro,



El coronel Boy con una costilla rota en Port de la Selva, Cataluña (España), 1956.

que tenía que contar su vida. Había sido aviador en la primera guerra mundial, fundador de la Scadta, le había tocado el conflicto con el Perú, los inicios de Avianca y la aviación comercial en Colombia.

En las tardes, mientras los niños nos íbamos a pasear al mar, solos en la barca de José, o subíamos al castillo de Rodas —que de grandes Roda, el pintor, nos dijo que de allá venía su familia—, el coronel Boy se sentaba a contarle a papá sus recuerdos. Por la noche, o a la madrugada, él los escribía. Por la mañana se los dictaba a mamá, después nos íbamos todos al mar y, por la tarde, otra vez se reunían. Mamá, que leía muy bien, le leía al coronel lo que habían escrito. El coronel se ponía rojo de la angustia:

—Eso no es cierto, Eduagdo. Yo no dije eso, ¡así no es!

—Pero, coronelito, tenemos que ponerle un poco de fantasía, ¡es un libro de aventuras...!

Y corregía. Bueno, corregía mamá, quien por lo general le daba la razón al coronel.

Me trasladé al aeródromo de Flandes, el cual, de haber sido apacible y tranquilo testigo de nuestros primeros vuelos hasta ese momento, se convirtió en un vasto campo de entrenamiento militar. Frente por frente a la ciudad de Girardot y comunicado por ella por el largo puente del ferrocarril, el campo de Flandes domina el río desde un alto barranco y es un bellissimo lugar. Allí se transformaron en “aviones de guerra” dos de los tres Junkers de la Scadta: se les pusieron soportes de acero en las ventanillas para colocar unas viejas ametralladoras francesas, contemporáneas de la guerra europea, que mandaron de Bogotá. Trabajo costó aprender a manejarlas, pues eran tan anticuadas que ya nadie conocía su mecanismo. En el piso del fuselaje se perforaron troneras para el lanzamiento de “bombas”, viejas granadas de artillería, que provenían también de los almacenes del Ejército. Se les acoplaron aletas de hojalata para que al lanzarlas desde el aire cayeran verticalmente sobre el blanco; e hicimos los primeros ensayos de



Al fondo, Amira de la Rosa, poetisa barranquillera y agregada cultural en España, ECC al centro, y mamá. Madrid, c 1955.



“No quiero hablar de la política, que es turbia y cenagosa...” (*Diario de Tipacoque*).



Con Eduardo Guzmán Esponda (de espaldas) y Alberto Zuleta Ángel.

bombardeo, pero sólo una de cada tres estallaba al caer. Sin embargo, teníamos que contentarnos con esos resultados.

[De *Una historia con alas*]

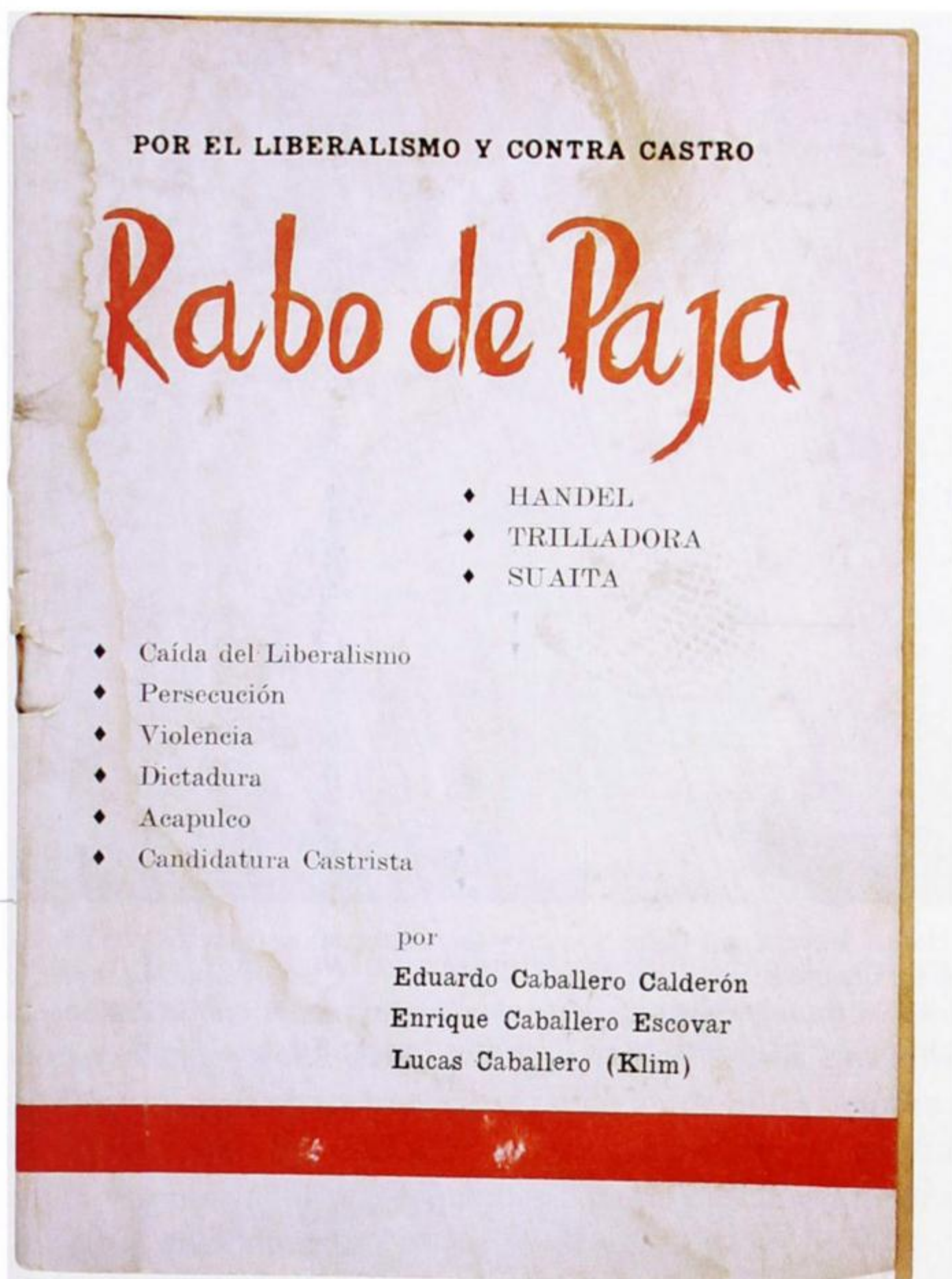
Firmado por Herbert Boy y “con la colaboración y un punto final de Eduardo Caballero Calderón”, en *Una historia con alas*, más que de amanuense, papá le sirvió de intérprete al coronel. Papá no pudo borrar jamás la cicatriz que le dejó en la frente el vuelo de Knox Martin, ni su terror a montar en avión, ni su fascinación por ellos. Siempre tuvo alguno: en balsa, de armar, de tela, el metálico del Juncal, una hélice con un caucho que yo le compré en el parque de Santander; o los avioncitos que hacía de papel ya viejo y tiraba por la ventana del edificio El Nogal.

DIVULGADOR CULTURAL Y POLÍTICO

Cuando se vislumbra el fin de la dictadura de Rojas, en marzo del 57, volvemos a Bogotá, a nuestra casa de Teusaquillo, en la esquina de la calle 37 con carrera 19, una casa blanca con puertas y ventanas verdes, una fachada estilo Tudor y otra Queen Anne, que se cimbroneaba cada vez que pasaba un “trolley”. Tenía una mansarda de la cual los hijos nos fuimos apropiando por turnos; un jardín con cartuchos y agapantos, rosales de rosas amarillas y rosadas con pétalos grandes de esas que había entonces, y, bordeando el camino de entrada, pensamientos de todos los colores, que sembraba Tita. Tita era la hermana menor de don Lucas y vivía con nosotros. Él nunca la dejó casar para que le cuidara a los hijos.

Ese año de 1957 ECC dirige con Alberto Zalamea el Primer Festival del Libro Colombiano, creado por la Organización Continental de los Festivales del Libro que coordinaba ferias en Caracas, Lima, Quito, México, La Habana y Río y publicaba unos libritos en papel periódico con tapas de colores, en colecciones de diez títulos, con la idea de formar una Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana. La dirigían Manuel Scorza en el Perú, Juan Liscano en Venezuela, Jorge Icaza en Ecuador, Alejo Carpentier en Cuba. En la colección del libro colombiano aparecieron las *Reminiscencias* de Cordovez Moure, *Sus mejores cuentos* de Carrasquilla, *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea, *El Cristo de espaldas* de ECC, *Sus mejores prosas* de Hernando Téllez, la selección de Andrés Holguín de *Los mejores cuentos colombianos* (en la cual aparecen *La grieta* de Jorge Zalamea y *¿Por qué “mató” el zapatero?* de papá), una selección de *Las mejores poesías colombianas*, *El gran Burundún* *Burundá ha muerto* de Jorge Zalamea, *La hojarasca* de García Márquez y *El caballero de El Dorado* de Germán Arciniegas.

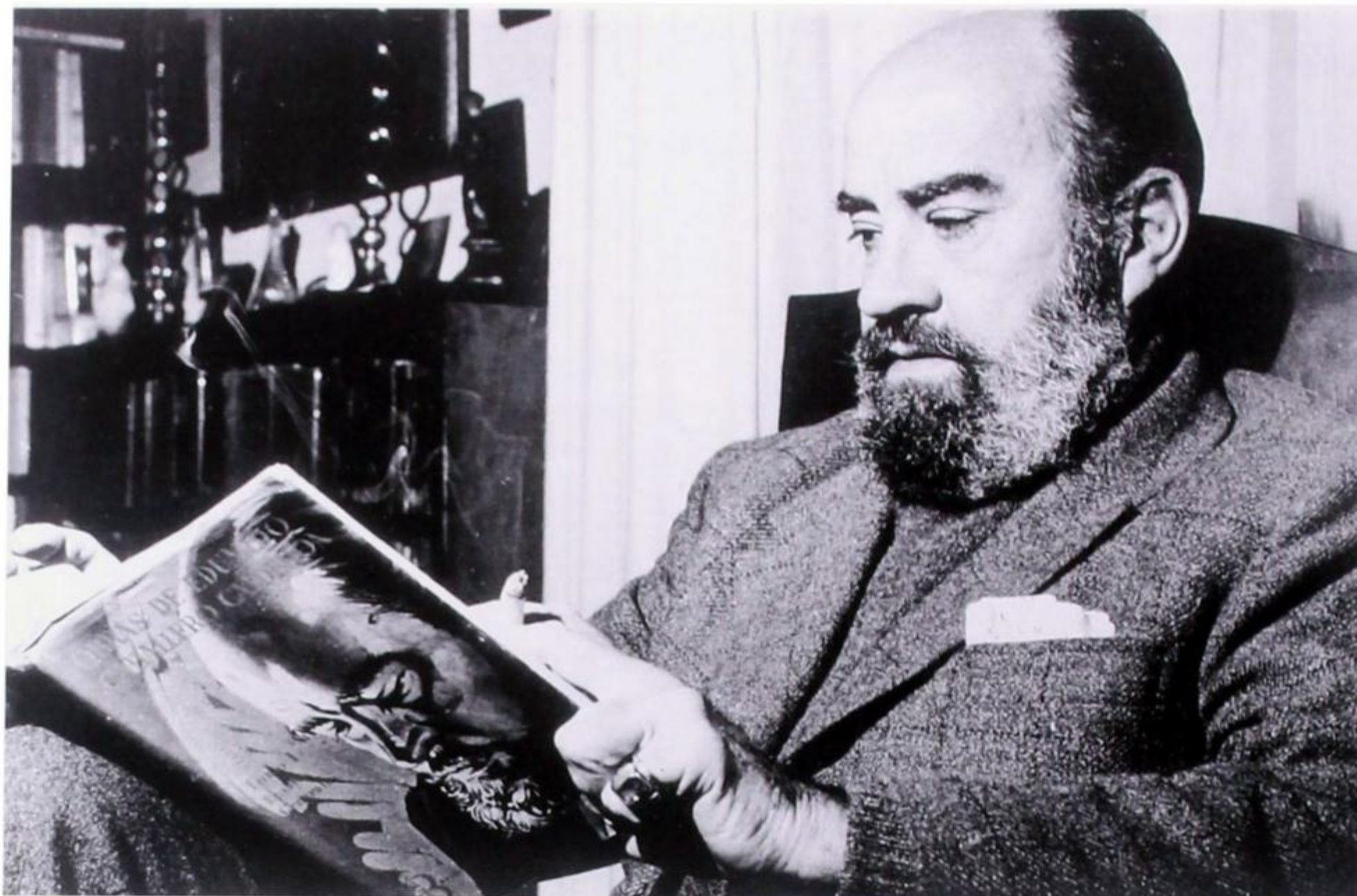
En el 58 tiene un programa de radio con José Umaña Bernal que se llama *Hombres y Letras* en la HJCK, El Mundo en Bogotá, emisora que había fundado en 1950 con Álvaro Castaño Castillo y Gonzalo Rueda. Su entusiasmo político se renueva. Del 58 al 61 representa a Boyacá en la Cámara de Representantes. Marino Rengifo, del Valle, que compartía pupitre con él, cuenta que era tan tímido que nunca se atrevió a abrir la boca, ni siquiera para contestar a lista. En los sesentas, con el tío Lucas y Jaime Soto funda Contrapunto: “un radioperiódico que dice la verdad sin contemplaciones”, desde donde espolean la situación política. El tío Enrique y Humberto Martínez Salcedo hacen imitaciones de los políticos. En el 62 publica, junto con Klim y Caballero Escovar, el folleto *Rabo de paja* en contra del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) en defensa del liberalismo.



Folleto.



De izquierda a derecha: Enrique Caballero Escovar, Lucas Caballero (Klim) y Eduardo Caballero Calderón (c 1960).



“El siempre da una respuesta clara y sincera; sus obras son precisamente respuestas a los problemas que la gente se plantea... Puede ser que no sea ésa la respuesta perfecta; pero es la respuesta suya. Es el resultado de su propia experiencia, de su propia reflexión, de su propio valor moral”. (Prólogo de Juan Lozano y Lozano a la edición de las *Obras* de ECC en tres tomos, Editorial Bedout, 1963, Medellín).

“HOY VIENE GENTE”

Así decía mamá cuando iban amigos a la casa. Desde muy chiquita aprendí a desocupar ceniceros, atender señores, servirles el *whisky*, buscarles los sombreros, sacarles los abrigos y cuando nos mandaban a acostar, mirar a mamá desde la baranda de la escalera, cantando y tocando tiple, o hacer con el tío Enrique parodias del dúo de *Los paraguas* y de *L'ascension au Mont Blanc*, para luego alcanzar a oír entre sueños las últimas carcajadas o retazos de conversaciones, que yo sabía cuándo eran de política porque hablaban más duro.

Casi todos los que iban a la casa vivían cerca: Diego Mejía, antioqueño y casado con Magda, prima de papá, hermana del tío Enrique Caballero. El tío Enrique, capaz de imitar a cualquier político o de hablar con cualquier acento así no conociera el idioma, que hacía llorar de la risa a papá que había sido secretario del presidente López Pumarejo. Martinón, Hernando Martínez Rueda, quien en vez de ejercer la medicina se dedicó a estudiar idiomas, sabía más de once y había sido un pretendiente de mamá. Pasaba en bicicleta a tomar tinto después de almuerzo, camino a la Universidad Nacional donde era bibliotecario. Un día hipnotizó a mi hermano Antonio: lo hizo volver a gatear y llorar como cuando era chiquito; también le operó una hernia hipnotizado en vez de usar anestesia. El tío Lucas no iba porque no salía de su casa. Javier Arango Ferrer, otro antioqueño, que escribía sobre arte y nos hacía morir del miedo y de la risa con los cuentos de un viaje que hizo “detrás de la cortina de hierro”. El sabio Casas, filólogo, que hablaba con *c* y *z* y decía que el castellano es el idioma morfológicamente más natural al hombre porque no es gutural ni nasal. Nos llevaba estampillas para una colección que no éramos capaces de decirle que habíamos abandonado hacía tiempos. José Umaña Bernal, el poeta que tenía unas manos blancas como de marfil y unas uñas larguísimas. El coronel Boy e



Santillana, el buick y Luis y Antonio.

Isabel Montaña, igualitos al duque de Windsor y su señora, con quienes papá y mamá fueron a Alemania un verano cuando vivíamos en España; nos dejaron solos en la playa con Tatá, eso sí, pero Luis estaba con tifoidea. Abelardo Fore-ro, el botón de la chaqueta de su vestido verde billar siempre a punto de saltársele. El poeta Rojas, igualito a un chorote o a Gabriela Mistral, según decía papá, quien rompió todos mis esquemas cuando descubrí que era tenista y del equipo de fútbol del Country Club.

En Madrid nos tocaba Gilberto Alzate Avendaño, el embajador, con una calva brillantísima, siempre rojo y exaltado, al borde del infarto. Alberto Farías, el representante de Avianca, que a las mujeres de la casa, empezando por mamá, nos parecía buen mocísimo. Y Nelly, su mujer, de ascendencia alemana; papá pronunciaba su apellido terminando con la simulación de un gargajo. Tito de Zúbiría y su señora a quien papá llamaba Mariquita Pérez, como la muñeca que estaba entonces de moda y se la habían regalado a María del Carmen. Amira de la Rosa, ¡Amirita bella! Alejo Santamaría, un pariente de mamá glotoncísimo que iba a almorzar los domingos y nos dejaba sin postre, pero nos enseñó de memoria la lista de los césares romanos y los reyes visigodos.

Años después, cuando papá y mamá se pasaron a vivir a Residencias El Nogal, en la calle 76 con carrera séptima, se inventaron los “ambigús” de los jueves, con esa palabra pasada de moda: allá podía llegar el que quisiera para conversar y tomarse unos tragos. Eran siempre imprevisibles: podían llegar desde los señores que habían rematado el almuerzo en el Jockey hasta los asiduos, como José Umaña, el poeta Rojas, Abelardo, Antonio Muñoz y su famosa “doctrina Muñoz”, Tito de Zúbiría, o las nuevas generaciones de liberales buscando luces con los viejos.

SANTILLANA

El sueño de todo boyacense es tener tierra pero ojalá con pleito, decía papá. Tipacoque no se salvó. Hubo un momento, en los años sesenta, en que Tipacoque estaba tan lleno de enredos y pleitos que, desilusionado, dejó de ir. Entonces com-



En Santillana.

pró una casa —a mitad de camino a Tipacoque— a la salida de Tibasosa, entre Duitama y Sogamoso, a la cual bautizó Santillana, en memoria de Santillana del Mar. Pero por más de que le hiciera una chimenea como la del Mesón de los Estudiantes de Alcalá de Henares, la llenara de maderas y columnas doradas de viejos altares de iglesitas de Boyacá, le hiciera un patio colonial con papayuelo en el centro, otro patio español con pila de piedra, un jardín inglés y le sembrara un bosque, nosotros, empezando por mamá, no quisimos nunca a Santillana. Es cierto que estábamos adolescentes, y el campo a esa edad produce nostalgia, pero mamá, tan sensata, tan racional, tan fría, no podía reemplazar a Tipacoque, que ella adoraba. Dejaba a papá en el 7 de Agosto, y lo mandaba en una flota solo y

cojo con una maletica escocesa que yo todavía uso. Lo nombraron concejal, hijo adoptivo del pueblo, pero no era lo mismo que Tipacoque.

Publica *Los campesinos*, una recopilación de artículos de periódico, y entra a prensa la edición de sus *Obras* en tres tomos en Bedout. Parece que Caballero Calderón estuviera poniéndole punto final a algo.

En 1962 la vida de ECC da un giro: el presidente Guillermo León Valencia le ofrece la embajada ante la Unesco en París. Luis y yo nos dedicamos a aprendernos las canciones de un disquito para niños en francés. María del Carmen, perdidamente enamorada, se casa y se queda en Colombia.

Mamá hace maletas y se van. Luis se queda un mes en Madrid. Antonio y yo llegamos después de terminar él, primer año de derecho y yo, tercero de bachillerato. En pleno invierno nos reunimos todos en París.